

Para pensar San Cristóbal

Luis Gerardo Galvis*



CARLOS EDUARDO RAMÍREZ/REUTERS

ace algunos días el papa Francisco le recomendaba a un cardenal alemán que hiciera preguntas que generaran la reflexión de quien viera la presentación que el prelado diseñaba; ciertamente, seguiremos a Francisco a propósito de esta manera de reflexionar. En nuestro caso, el tema de la protesta genera interrogantes, te invita a pensar, a discernir, a reflexionar. Que si hubo protesta, que cómo fue, que cómo alteró el espacio público, qué se pretende con ella, son cuestiones base que guían la reflexión.

Ahora bien, ¿qué pasa cuando todas esas preguntas se combinan con imágenes, relatos, rostros; expresiones todas de lo que ha sido la protesta en la ciudad de San Cristóbal?; ¿qué sucede cuando la combinación entre esas cuestiones base y las sensaciones que vienen a la mente producen un buen número

de sentimientos encontrados y, en consecuencia, más preguntas?

A raíz de ello, hagamos un ejercicio de diálogo. Usted, lector, hará las preguntas y en el escrito, tal vez, encuentre las respuestas.

Sí ha habido protestas en la ciudad de San Cristóbal; su cobertura mediática fue muy amplia, a tal punto de aparecer en la primera página de *The New York Times*.

Esas protestas han sido variadas, muy variadas. Ha habido multitudinarias marchas que han copado las principales avenidas de la ciudad; se han pintado murales, grafitis, consignas en paredes, calles, aceras, techos de edificios, etcétera; se han diseñado y repartido volantes explicativos de la situación actual en múltiples espacios públicos; se han celebrado misas, cadenas de oración, encuentros ecuménicos y rezos del rosario en plazas emblemáticas de la ciudad, urbanizaciones, barrios, entre otros; se han cerrado calles y vías de comunicación con cauchos, basura, escombros y chatarra; se han organizado brigadas de choque contra la incursión de sujetos armados u organismos de seguridad y orden público; se han impartido clases magistrales sobre Derechos Humanos, Economía, Historia Contemporánea de Venezuela y otros temas en plazas y salones de clase; se han realizado huelgas de hambre en distintos lugares; se ha cambiado el nombre de plazas para honrar a los fallecidos durante los sucesos desde el mes de febrero; se ha generado mucho contenido digital en las distintas redes sociales sobre la situación de descontento en la ciudad; se han celebrado encuentros deportivos entre estudiantes y miembros, bien sea, de la Guardia Nacional o de la Policía; se han instalado y desmontado campamentos

No solo la crisis del país y de la región ha provocado heridas en la psique del habitante de la llamada ciudad de la cordialidad. Este conflicto, desde febrero, también las ha dejado. Son profundas y duraderas. Hoy parece no haber, aún, algún remedio eficaz para ir sanando esas heridas, ni quien lo recete o prepare.

en varias zonas de la ciudad; se han generado enfrentamientos entre estudiantes y cuerpos de seguridad y orden público del estado; se ha paralizado el transporte urbano y extraurbano; se han entregado cartas y solicitudes a la Fiscalía, a la Defensoría del Pueblo, al obispo, entre otros; se han hecho cacerolazos, pitazos y pancartazos por toda la ciudad. Inclusive, se ha salido a votar masivamente como señal de protesta.

Lo que cada una de las protestas exige también es variopinto. Existe una gama amplia de peticiones que van desde la renuncia del presidente Maduro y del gobernador Vielma Mora; la lucha contra la inseguridad, la inflación y el desabastecimiento; una política eficaz contra el contrabando en la frontera; la eliminación de las restricciones para la compra de combustible; la liberación de estudiantes detenidos en el marco de las protestas; la liberación de Leopoldo López y Daniel Ceballos; el enjuiciamiento de quienes han participado en actos vandálicos amparados en el derecho constitucional a la protesta pacífica; el cese de actos represivos por parte de los organismos de seguridad y orden público.

En las protestas han participado estudiantes de las distintas universidades e institutos universitarios de la ciudad; de educación media y diversificada; vecinos; dirigentes políticos y de organizaciones no gubernamentales; miembros de consejos comunales y militantes, tanto de partidos políticos como de organizaciones civiles.

Como se puede observar, entonces, sí se ha protestado, los métodos han sido variados y las exigencias también. El nivel e intensidad de la protesta también ha sufrido altibajos, desde los puntos cumbre durante los meses de febrero y marzo hasta una disminución considerable a partir de finales de abril y mayo.

La gente. A priori se pudiera decir que hay un sentimiento generalizado y compartido por todo aquel que participe directa o indirectamente en alguna protesta: un profundo malestar con las políticas gubernamentales. Ese sentimiento compartido se ve evidenciado en los resultados electorales del municipio San Cristóbal, en las conversaciones cotidianas, en los salones de clase, en los mercados, en cualquier espacio. Sin embargo, con un poco más de exhaustividad se logran descubrir profundas diferencias en los modos de proceder; y así lo evidencia un ciudadano cualquiera, de

a pie, o un estudiado profesor universitario, o una trabajadora informal. Quien está de acuerdo con un trabajo popular de base y de inserción en los sectores populares rechazando cualquier escalada de violencia sea de donde sea, pasando por quien aspira una combinación equilibrada entre protesta pacífica y violenta, hasta llegar a quien concibe el enfrentamiento con los distintos organismos del Estado como la única vía posible para manifestar y protestar. Cada una de esas tres vertientes posee sus matices, sus particularidades, su contextualización. También se encuentran quienes no han protestado y no tienen motivos para hacerlo; más bien, al contrario, considera inoportuno hacerlo y a quienes lo hacen.

De ahí que las reacciones al conflicto no sean homogéneas, responden a una percepción que siempre será filtrada por el sentir del momento y potenciado por lo distinto que suceda cada día a nivel nacional o por el nivel de involucramiento que posea la persona o comunidad en cuestión.

No solo la crisis del país y de la región ha provocado heridas en la psique del habitante de la llamada *ciudad de la cordialidad*. Este conflicto, desde febrero, también las ha dejado. Son profundas y duraderas. Hoy parece no haber, aún, algún remedio eficaz para ir sanando esas heridas, ni quien lo recete o prepare. El conflicto continúa, las reacciones adversas y las que lo aúpan también, y los grandes problemas del país no amilanan. La situación –toda ella– genera más preguntas. La incertidumbre y el desasosiego aparecen cuando se discierne este panorama, pero también lo hace la fe y la esperanza puestas en la des-polarización y reconciliación tan necesarias entre aquellos que han protestado y quienes no lo han hecho, sobretodo porque su visión de país sea contraria y eso impida ver una Venezuela concreta y profunda más allá del propio polo.

A San Cristóbal la llaman la ciudad más opositora de Venezuela; es la ciudad donde nos tocó vivir, la que ha sido conocida como *la ciudad de la cordialidad*. Siempre valdrá la pena que ese epíteto y su valor simbólico regresen y la permeen.

* Profesor de la UCAT.